## 0000000000000000

VI

### El Campamento Republicano

andaban como agitados é inquietos.

Era que las fuerzas republicanas estaban á cinco leguas, entre el monte, al pie de los picos de Cucha, en el arroyo de los Pintos.

Era necesario que los imperiales no lo supieran, y estaban por el rumbo opuesto á cinco leguas, en la hacienda de la Florida.

Cualquiera indiscreción podría descubrir ó indicar la presencia de los republicanos, y eran perdidos: el enemigo tenía triple número de hombres, mejor equipados y armados.

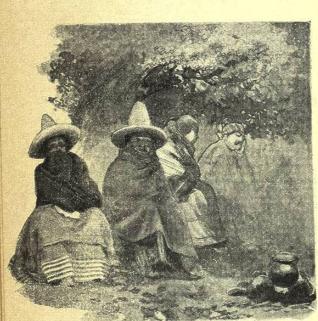
Pero el secreto se conservó.

El arroyo de los Pintos se desliza en el interior del

bosque: allí no había habitaciones ni ranchos, ni nada en que tuviera parte el hombre: Dios y la Naturaleza.

Allí estaba la pequeña fuerza de los liberales.

La marcha había sido penosa: muchos soldados habían muerto de hambre y de fatiga; otros, sedientos, se



habían arrojado á beber agua fatigados, y habían quedado sin vida al tomar los primeros tragos.

Pero esto era cuestión de cada día.

Allí se acampó, y allí era preciso permanecer ocultos algunos días, acechando un momen-

to oportuno para dar una sorpresa á Zitácuaro.

Murillo había ido disfrazado hasta cerca de la ciudad, con objeto de dar avisos.

La infantería estaba incapaz de caminar, y menos de pelear, y fué preciso enviarla al pueblo de Casácuaro con parte de la caballería.

No quedaron, pues, allí más que cien dragones de

Jalisco, y con esto era necesario emprender y triunfar, para poder así levantar la moral de la tropa, que de día en día se iba perdiendo.

Triste situación!

Allí no había más alimento que carne asada, sin pan, sin tortillas, hasta sin sal.

Y sin embargo, todos estaban contentos: era que el fanatismo patriótico, si se puede llamar así al santo amor exagerado de la patria, ardía en el corazón de aquellos pobres soldados.

Cerca del campamento, á la sombra de un árbol, se veían cuatro personas sentadas silenciosamente.

Dos hombres y dos mujeres, algunos trastos de barro y unas piedras cubiertas de ceniza, indicaban que aquellas gentes vivían bajo aquel árbol.

Un oficial se acercó á ellos, y al ver á uno de aquellos hombres, exclamó:

- ¡Jorge, tú aquí!
- Yo, Carrillito, dijo Jorge sin levantarse; estaba muy aliviado de mi herida, el enemigo llegó al rancho donde me curaba, lo incendió, lo arrasó todo, y hemos tenido que vivir bajo este árbol: la inflamación vino como un rayo, y apenas puedo moverme.
- ¡Pobre Jorge! dijo Carrillo estrechando su mano; luego agregó dirigiéndose á las otras personas: Buenas tardes.

- Buenas tardes, contestaron Margarita y Vázquez, pues el lector supondrá que son ellos.
  - \_ A mí no me pican los alacranes, dijo la loca.

Y se puso á reir.

- No haga usted caso, dijo Vázquez; mi pobre mujer tiene trastornado el juicio desde la muerte de mis hijos.
- ¿Murieron? preguntó Carrillo que los había conocido en Zitácuaro.
- Allí los enterré para poderlos mirar desde aquí, dijo Vázquez.

Y señaló á Carrillo dos pequeños promontorios de tierra regados con flores del monte, entre las cuales estaban plantadas dos cruces hechas con ramas.

— Ahí guardó Vázquez á mis hijitos, para sacarlos cuando vayamos á Toluca, y tengan su ropita nueva, dijo tiernamente la loca: ¡pobres angelitos míos, tendrán frío!...

No había uno allí que no llorara oyendo á la pobre madre.

En breves palabras Carrillo quedó instruído de todo lo acontecido en la familia de Vázquez, y á su turno él les contó el objeto de la expedición.

En aquellos lugares, entre aquellas gentes identificadas por sus desgracias, por sus intereses y por su patriotismo, la reserva era excusada: jamás ni la indiscreción ni la mala fe hicieron traición á los soldados de la República.

- Si usted, que conoce tanto estos terrenos y que puede caminar sin infundir sospechas, quisiera ayudarnos, dijo Carrillo á Margarita.
  - En todo, contestó Margarita con entusiasmo.
- ¿Se atrevería usted á ir á Zitácuaro con pretexto de vender alguna cosa, para darnos noticias más seguras, ya que Murillo se ha avanzado hasta la hacienda de la Encarnación?
  - Yo iría con gusto; pero esta pobre señora...
- ¡Ah! por eso no tenga usted pena, dijo Vázquez con resignación: mi pobre mujer tiene una demencia tan tranquila...
  - Pero dejarlos á ustedes...
- Vaya usted, Margarita; es un servicio que hace usted á la patria; es un nuevo sufrimiento que yo le ofrezco. Los que combaten con las armas en las manos dan á la República su sangre; y nosotros, los que no somos soldados, nuestras lágrimas y nuestras penas.
- ¡Oh! exclamó Jorge, ¡si todos hubieran hecho lo mismo!
  - ¿Vamos á ver al general? dijo Carrillo.
  - Vamos, contestó Margarita.

Esa misma noche salió Margarita para Zitácuaro.

Un correo de Murillo llegó anunciando que el enemigo no había sentido el movimiento, y que el coronel Ugalde, con cincuenta caballos, estaba oculto también por la Barranca honda, al Oriente de la plaza.

Se dió la orden para salir al día siguiente á la madrugada, caminar todo el día, caer en la noche sobre un destacamento de caballería que estaba en la hacienda de la Florida, y amanecer en Zitácuaro.

El movimiento era expuesto: los imperiales tenían triple número de fuerza que los republicanos, tenían infantería, que éstos no llevaban, y estaban en posesiones.

Iba á haber un gran triunfo, ó tal vez una vergonzosa derrota.

Todos y cada uno pensaron en esto, y obedecieron, sin embargo, contentos.

Al asomar la luz del día siguiente, la columna iba ya en marcha para Zitácuaro.



# 

### And his spenie VII and the had seen as the

### La ejecución

ARGARITA entró á Zitácuaro vendiendo unas botellas de vino de perón, que había comprado en la hacienda de la Encarnación. Entró á todos los cuarteles y á las casas de los jefes.

En todas partes no se hablaba más que de la ejecución del sargento Diego Alva, que debía ser fusilado á las nueve de la mañana del día siguiente, por haber tratado de asesinar á un capitán.

Los soldados murmuraban, porque el oficial había faltado á la casa del sargento.

Los jefes y los oficiales decían que era preciso hacer un ejemplar; y con objeto de que lo presenciara toda la guarnición, se había de reconcentrar aquella misma noche el destacamento que estaba en la Florida.